á la Virgen. Deshecha borrasca impide por dos veces á una escuadra doblar el cabo Finisterre: hácense, al saberlo, rogativas á esa augusta Señora, y en el momento en que el pueblo sube á Begoña en procesión, la Escuadra traspone aquel difícil paso. Que la calma impide la entrada de los buques en el puerto y escasean los víveres, María, implorada por el pueblo, agita suavemente los vientos, y las naves cruzan la barra peligrosa. Este y otros, y otros mil prodigios explican la devoción de los marinos á su amorosa *Madre de Dios de Begoña* y les impulsa á llegarse á Ella, ya cargados con los mástiles y el velamen, ya descalzos, sea la tripulación entera, ya aisladamente, porque quien vió cernerse la muerte sobre su cabeza y sabe libró su existencia merced á la intervención de María, ni puede, ni quiere olvidar esos inmensos favores, y se deshace en demostraciones de gratitud, que tan gratas son á la purísima Virgen.

(Medítese y pídase la gracia. Récense las cinco deprecaciones á la Virgen. Página 5.)

Oración.—Sois, María, la estrella refulgente que lleva la alegría y la esperanza al corazón atribulado; merecéis todos los homenajes que inspiran los sentimientos del reconocimiento y de la gratitud, pues vuestra misericordia iguala á vuestro poder, y, al venir en auxilio de todos los desventurados, mostráis, Reina y Señora, una bondad que enternece y que nos asombraría, si no supiéramos ser cualidad inherente á vuestra suprema dignidad.

Ya que nos sacáis inmunes de peligros grandísimos, protegednos, Señora, para que, venciendo los escollos más peligrosos aún del mundo, sepamos permanecer fieles á la ley de vuestro divino Hijo, y logremos así salir triunfantes de este destierro para gozar de Dios en la Gloria. Amén.

Obsequio.—Rezar, cuando reine temporal, un *Ave María*, invocando á la Virgen en favor de los infelices marinos y viajeros.

Jaculatoria.—Contemplamos en Vos ¡Virgen Santa! á la estrella que nos guía y dirige en medio de los peligros; salvadnos de los que nos amenazan en este mundo, y dadnos fortaleza para resistirlos y hacernos dignos de contemplaros en el Cielo.

DIA QUINTO.—(Hecha la señal de la Cruz y rezadas las oraciones á Jesús y á la Virgen. Página 4.)

Consideración.—La Virgen, que es la alegría de los que viven la vida de perfección, ostenta el consolador atributo de protectora de los pueblos, que la son fieles, y de los que se complace en ser bienhechora.

María prodiga sus favores á pueblos y regiones enteras; los salva de peligros, obrando, ante la multitud, portentos que evidencian el poder de la Madre de Dios y su afecto á cuantos saben captarse su benevolencia. María, después de detener el brazo del Señor, pronto á descargar todo el peso de su justicia sobre los pueblos ingratos, derrama sobre ellos el tesoro de sus gracias.

Los pueblos afligidos por el azote pestilente, por la desgracia que les azota y destruye, ó por la miseria, si saben refugiarse bajo el manto protector de María, quedarán defendidos de sus enemigos y resguardados por la caridad inagotable de la Virgen, que se mostrará tan misericordiosa como clemente.

Todos tenemos de ello pruebas claras y fehacientes: que el hambre cierne su triste figura sobre el país, falto de recursos. María hace llegar bastimentos de cereales, sin previa noticia y fuera de cálculo. Lluvias torrenciales anegan los campos y ponen espanto á los labradores: la *Virgen de Begoña* la hace cesar, serenando el cielo, y las cosechas se salvan. Que terribles avenidas inundan calles y plazas, y las aguas lo arrasan todo, y el peligro crece, y la angustia se apodera del pueblo: ahí tenéis á María, cuya Imagen venerada, saliendo por vez primera de su Santuario, á medida que desciende por las Calzadas, hace que el agua retroceda, rindiendo homenaje de sumisión al poder de la Virgen; prodigio repetido años después.

La mano de Dios castiga á la villa: el cólera siembra la muerte por doquier; todos tiemblan y se espantan; pero la Virgen socorrerá á ese pueblo, que acude humilde implorando misericordia. Miles y miles de devotos dan escolta de honor á la venerada Imagen por las calles de la Villa; la presencia de María purifica la atmósfera y aplaca la cólera divina; la enfermedad se siente vencida por el poder de esa Augusta Señora, y ni un solo caso nuevo ocurre.

Meditad bien sucesos tan sorprendentes, y veréis en ellos la mano de esa Virgen sin mancilla, que se complace en amparar y proteger á los suyos cuando éstos imploran, humildes y fervorosos, su poderosa intervención; y no olvidéis que así como goza en prodigar beneficios, pudiera mostrarse sorda, si la ingratitud responde á sus favores ó la impiedad preside á los actos de ese pueblo.

(Meditad y pedid la gracia que se impetra. Récense las cinco deprecaciones á la Virgen. Página 5.)

Oración.—¡Virgen clemente y misericordiosa! En Vos encontramos, después de Dios, á la protectora augusta de los pueblos que os rinden homenaje de amor y de adhesión. La ternura con que escucháis los lamentos de las multitudes alcanzan del Señor el consuelo y el remedio á sus necesidades.

Haced ¡Madre nuestra! que vuestra inagotable bondad penetre en el corazón de las criaturas y que las emanaciones de perfecta santidad que despedís sean el remedio seguro en los dolores morales y fortifique la fe de los pueblos para que siempre os ensalcen, acaten y alaben como á su celestial Protectora. Amén.

Obsequio. — Propagar con entusiasmo cuanto conduzca á la mayor devoción de los pueblos á la Santísima Virgen.

Jaculatoria.—Vos ¡Señora! que, comprendiendo nuestras penas, sabéis consolarlas, infundid en nuestras almas sentimientos de fe, humildad y verdadera piedad, para que correspondiendo á nuestras bondades, seamos dignos de alcanzar una protección constante.

DIA SEXTO.—(Hecha la señal de la Cruz y rezadas las oraciones á Jesús y á la Virgen. Página 4.)

Consideración.—Es atributo de la soberanía el de hacer sentir sus rigores á quienes cometen faltas ó proceden ingratamente. María, en medio de su innata bondad, ejercita, á veces esa prerrogativa de su poder, en bien de aquellos que, desconociendo la misericordia divina, se conducen mal.

Reflexionando lo que es la humanidad entregada á sus desvaríos, sin freno moral, se comprende que muchas veces la Virgen, para atraerse á las criaturas, emplea medios rigurosos, que haciendo ver al hombre la omnipotencia divina, le mueven á confesar sus faltas y cambiar de conducta. El rigor no es siempre castigo y aun que lo fuese, sería justo, necesario y oportuno, para arrancar al ingrato de la senda del mal y dirigirlo por el camino del bien.

Desgarrado el corazón, aplican las madres correctivos á sus hijos, buscando tan sólo la felicidad de los suyos: así obra María, que dispuesta siempre al perdón y á la bondad, no puede, en ocasiones, prescindir de demostrar su disgusto y justo enojo ante la rebelión ó el desvío de los que la deben gratitud inmensa. No es dable apreciar cuanto acibara el corazón de la augusta Señora el mostrarse rígida con sus criaturas, y si á pesar de su excesiva benevolencia aparece severa, es porque, en su suprema sabiduría entiende ser ese y no otro el medio de atraerse al reacio en seguir sus divinas inspiraciones.

Mas al castigo sigue el perdón y aun las mercedes, si el ingrato se somete á la Ley santa: no uno, muchos ejemplos lo confirman: Escaló cierta noche un ladrón la Iglesia y despojó á la venerada Imagen de sus joyas; atrevióse á más, y puso su criminal mano sobre su frente, queriendo arrancar la corona; apenas lo intentó, alzó su diestra la sagrada Imagen, asiendo el brazo del ladrón, que huyó confuso y azorado y perseguido por tales remordimientos que no hallaba refugio en que esconderse; las campanas tocan por sí solas á rebato, y el ladrón es preso. Condenado á muerte, murió arrepentido, pidiendo ser enterrado en la Iglesia. Muchos años después, al descubrirse sus restos, se halló intacto el brazo á que tocó la Imagen.

Olvidó ó dejó de cumplir su promesa cierta joven, y cayó enferma, hasta quedar baldada de ambos brazos; conoció su falta y deseó remediarla, mandando construir rica joya para adorno de la Sagrada Imagen. Apremiado el platero que la construía, vomitó horrible blasfemia, y en el acto quedó mudo. Lloró amargamente su desacato, pidiendo piedad: á medida que la joya adelantaba, la joven recobraba la salud y el artista el habla, y el día en que la ofrecieron á la Virgen, ambos quedaron completamente curados.

Un artista descreído, encargado de pintar una copia de la Virgen, quiso tomar, con el compás, las medidas del rostro de la Imagen, sin poderlo obtener por quedar en tinieblas; repitió la tentativa, y de nuevo las tinieblas lo impiden: personas piadosas le inclinaron á convertirse y aceptó: confesó y comulgó, y al ir de nuevo á tomar las medidas del rostro de la Imagen, pasó ante sus ojos como un rayo deslumbrador, y quedó ciego. Declaró entonces que aquella noche, arrepentido de su conversión, se prometió renegar de la fe y comulgó sacrílegamente, después de almorzar. Convertido de nuevo, imploró clemencia de la Virgen y recobró la vista, midiendo entonces tranquilamente el

rostro de la Virgen, que antes injurió irreverente.

Ved como María resplandece aquí con toda la majestad de una reina ofendida y en la plenitud de sus misericordias al ser reparado el ultraje.

(Meditad y pídase la gracia. Récense las cinco deprecaciones á la Virgen. Página 5.)

Oración.—¡Virgen Madre de Dios! Ceded de vuestra justa indignación, y olvidando los agravios que Os hemos inferido, acordaos de vuestra infinita misericordia y de aquella adorable y tierna compasión con que inclináis al Señor en favor de las criaturas!

¡Oidnos, Reina de los Cielos! que nuestro ruego es ferviente y lo hacemos con toda humildad, y si Vos lo presentáis al Altísimo, será favorablemente acogido por el Corazón adorable del Divino Redentor.

¡Escuchadnos, Señora! ya que al implorar vuestro auxilio, venimos convencidos de que compadeciéndoos de nosotros, nos allanaréis el camino que conduce á la Gloria eterna. Amén.

Obsequio.—Ofrecer á la Virgen, en reparación de los agravios que se la infieren, una Santa Comunión.

Jaculatoria.—Os complacéis ¡Virgen purísima! en templar los rigores del Padre celestial; inclinadle á la misericordia y al perdón, para que olvidando nuestras ofensas, nos vuelva á su gracia.

DIA SEPTIMO.—(Hecha la señal de la Cruz y rezadas las oraciones á Jesús y á la Virgen. Página 4.)

Consideración.—Suprema fué la dignidad de María; pero casi la superó su humildad: las virtudes que ejercitó son como astros brillantes, digno florón de la diadema maravillosa de la Reina de los Cielos.

Madre de Dios, cualidad cuya grandeza asombra, vive en la más modesta obscuridad, retirada y solitaria, siempre oculta, siempre cándida: llena de gracia y de sabiduria, se encierra en el fondo del santuario, huyendo de la corrompida atmósfera del mundo. Satisfecha de ser la desposada de un pobre jornalero, sólo encuentra un establo donde acostar á su recién nacido, que, sin embargo, es el hijo de Dios, el Redentor del mundo.

Predica Jesús el Evangelio, las multitudes le siguen y aclaman; la fama de sus milagros cunde por doquier, y María, á pesar de la gloria que rodea á su Hijo, observa conducta tan prudente y recatada, que guardando en su corazón la dicha que la producen los triunfos de Jesús, permanece oculta en la sombra de su retirado hogar.

Su prudencia llega á la heroicidad; su humildad á lo increíble; pequeña ante el mundo, es grande á los ojos de Dios, y su vida entera se consagra á la virtud, que orna su extremada sencillez. Ni aun después de que su hijo ascendió á los Cielos y de que el espíritu Santo, bajando sobre los Apóstoles, presididos por María, les infundió el fuego divino de su gracia, salió la Virgen de su retiro, ni menguó su humildad, ni cesó en sus oraciones.

La contemplación de Dios constituía toda su delicia. Antes de saber sería Madre del Redentor, siéndolo y aun después de la gloriosa Ascensión del Señor, no interrumpió sus desvelos, ni cesó de orar con toda la intensidad de su hermosa alma. Humildad, respeto, piedad y caridad fueron tan admirables en María, que bien puede decirse que su vida entera fué una oblación de su alma y de sus potencias al Señor.

Su corazón, rebosando virtudes, su alma angelical y su pureza y candor emanan un aroma espiritual que conmueve y enagena. Era María, digámoslo de una vez, el espejo brillantísimo en que se reflejaban sin mancha alguna los atributos del Señor.

(Medítese y pídase la gracia. Récense las cinco deprecaciones á la Virgen. Página 5.)

Oración.—Resplandecieron tanto en Vos, ¡oh María! la humildad y las virtudes, que ni el soplo, ni la sombra del mal lograron jamás alterar la frescura y lozanía de vuestro purísimo corazón. El candor virginal de vuestra alma, acrisolado por una piedad intensa y constante, os hizo huir desde niña de toda seducción, y consagrar una ternura, perfectamente fiel, á Dios.

Incapaces de imitar esa perfección, que hacía de Vos un espíritu celestial, Os pedimos auxilio para alejarnos de la sociedad de los pecadores; humillad nuestra soberbia; abatid nuestras pasiones y llenad nuestro corazón de sentimientos de firme piedad, para que, refugiados en la práctica de las virtudes, podamos aspirar un día á gozar de la presencia de Dios. Amén.

Obsequio.—Ofrecer á la Virgen corregirnos de algún defecto que denote soberbia, vanidad ó placer, pero con firme resolución de cumplirlo.

Jaculatoria.—Invocamos ¡Virgen Santa! vuestra misericordia, para que nos concedáis alcancemos una vida Santa y buena, en recuerdo de las gracias y virtudes de que Os adornó el Señor.

DIA OCTAVO.—(Hecha la señal de la Cruz y rezadas las oraciones á Jesús y á la Virgen. Página 4.)

Consideración.—También María debió cumplir la ley que hace mortales á las criaturas. Jesús, con ser Hijo de Dios, murió, y su Madre no estaba exenta de pasar por ese trance. La muerte de la Virgen fué, empero, el tránsito apacible y dulce, del sér que se duerme en los brazos del Señor para despertar en la Gloria; mas la que llevó en su seno al Salvador del mundo, no debía dejar aquí sus restos: eran sobrado preciosos para que la tierra los guardara; de su carne se formó la carne del Hijo de Dios, y sólo el Cielo tiene derecho de poseer ese precioso cuerpo.

Y así lo dispuso el Altísimo, y transcurridos tres días del tranquilo sueño con que María se despidió de este mundo, su hermosa alma se volvió al cuerpo, y después de su resurrección, fué sublimada, en cuerpo y alma, á las mansiones celestiales. ¡Qué espectáculo, Dios mío!

En el infinito espacio que media de la tierra á la gloria, seres angélicos forman su escolta de honor; ecos dulcísimos de sublimes armonías llenan el ámbito; todas las galas del Cielo se despliegan para festejar á la Madre de Dios; los Serafines entonan cánticos de amor; los Querubes lo perfuman todo de incienso; los Arcángeles se aprestan á rendir homenaje de sumisión á la Virgen de las Vírgenes, y los Ángeles, descendiendo de las alturas celestes, toman delicadamente el cuerpo santísimo, y en andas de oro, resguardadas por sus alas, que reflejan los más brillantes destellos, suben, suben y suben aquel precioso tabernáculo hacia las regiones etéreas.

Mas no van solos, no; á medida que ascienden, el cortejo aumenta, la alegría acrece, y el eco de dulcísimas aclamaciones se repite por multitudes celestiales, que se apresuran á formar la corte de María: todos han gozado de la esplendidez y de las bellezas del Cielo, y, sin embargo, se quedan atónitos, asombrados, ante la presencia de esa sencilla y humilde Virgen; ¿quién es, exclaman, esa que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol?

Su asombro es completo, viendo que la Trinidad Santísima recibe á la feliz criatura á la puerta de la Gloria, y que María, precedida del Espíritu Santo y del Padre Eterno y sostenida por el Hijo, asciende de trono en trono, y dejando más bajos los de los Ángeles y demás Espíritus celestes, se sienta junto al trono del mismo Dios. Fué sencilla y humilde en la tierra, y el Señor la engrandece, poniendo á sus pies todas las grandezas del Cielo.

(Medítese y pídase la gracia. Récense las cinco deprecaciones á la Virgen. Página 5.)

Oración.—Estáis, ¡Reina del Cielo! exaltada en la Gloria sobre todos los Espíritus celestiales, que os rodean y sirven con sus homenajes, y nada podemos ofreceros que sea digno de Vos. Ángeles y Serafines cantan vuestras glorias y Os tributan sus alabanzas.

Estáis colocada en lo más alto del trono de los Cielos, á que fuisteis ascendida por el mismo Dios. Absortos de admiración ante la magnificencia de vuestros privilegios y poder, sólo acertamos ¡Virgen purísima! á implorar Os acordéis de nosotros; sois nuestra esperanza, sed el amparo de cuantos Os aman rendidos y confían en que Vos les permitáis formar en las legiones que en el Cielo Os aclaman por Reina y Señora. Amén.

Obsequio.—Tributar á la Virgen un acto de amor y de piedad en desagravio de las ofensas que recibe.

Jaculatoria.—Humilde en la tierra, sois grande en el Cielo; haced, Señora, que nuestros corazones sean también humildes y piadosos, para que así podamos aspirar á ser recibidos en la gloria eterna.

DIA NOVENO.—(Hecha la señal de la Cruz y rezadas las oraciones á Jesús y á la Virgen. Página 4.)

Consideración.—Está ya María en el Cielo; la que aquí permaneció en el retiro, en constante oración, dechado de virtudes, modelo de madres, aquella en cuyo seno moró el Verbo, asienta en la célida morada de su divino Hijo.

Sublimada á la gloria, la Santísima Trinidad reviste á esta hermosa Virgen de la dignidad suprema, sólo inferior á la del mismo

Creador. ¡Quién es capaz de pintar el momento solemne en que María, penetrando en el Cielo, recibe la Corona, que la hace Reina y acepta los homenajes de la corte de Angeles, que la circunda aclamándola! Imaginad cuanto de grande, de esplendente podáis concebir, y sólo será tosca figura al lado de la realidad de esa sublimación de María en el Empíreo.

Pintad la luz; tañed los instrumentos más dulces; acumulad el oro, la pedrería y los brillantes; sumad todos los honores, y resultarán sombras, barro, miseria, nada, con relación á la augusta y sobrenatural grandeza del festejo en que María fué coronada.

Figuraos la aurora naciente, con sus delicados matices, ó el sol, reflejando millones de rayos deslumbradores, y todavía quedaréis en tinieblas ante la luz encantadora que desprende el trono de María: todos los astros reunidos, las estrellas todas que tapizan esa techumbre celeste, palidecen ante la gloria que irradia la Virginal Madre de Dios.

Sentada á la diestra de su Hijo, junto al solio del Padre y bajo el manto del Espíritu Santo, María siente que la Trinidad beatífica orna sus bienes de refulgente corona; estrellas del cielo forman su expléndido cerco: el sol tiene á gala ser adorno de su vestidura, y la luna, con sus poéticos resplandores le rinde pleitesía, modestamente acostada á sus pies. Pulsan los Ángeles sus áureas liras, entonando cánticos de mística alegría; regocijan las cohortes celestiales á los Cielos con sus homenajes de amor; todo es contento, todo satisfacción en la morada del Señor, y *Salve Regina*, dicen los Santos; *Salve*, repiten las Vírgenes, y *Bendita entre las mujeres*, contestan alborozados todos los espíritus, viendo como el Padre ciñe la corona, el Hijo da su diestra y el Espíritu Santo su amor soberano, á esa Virgen, ayer encanto y hoy Reina de Cielos y tierra.

Midiendo ahora ese triunfo solemnísimo, incomparable, triunfo del Cielo, con el pobre agasajo, que hoy ofrecemos á María, comprenderemos cuanto separa á los honores celestes de la pequeña ofrenda de la tierra. Y, sin embargo, María, bondadosa siempre, se dignará aceptar el humilde obsequio de sus hijos, porque sale del corazón y lo cumple la gratitud, y Ella, que sólo se goza en nuestro amor, acoge con cariño ese sencillo tributo de reconocimiento, que rendido en alabanza suya y en honra y gloria de su divino Hijo.

(Medítese y pídase la gracia. Récense las cinco deprecaciones á la Virgen. Página 5.)

Oración. — El Cielo quedó maravillado ante la majestad de que fuisteis investida por el Altísimo, coronándoos por Reina y Señora de Cielos y tierra.

Llenáis de gozo, ¡oh María! á los espíritus celestes: vuestra gloria tiene por límite el amor de la Trinidad Santísima, que se recrea en Vos, sin que haya lengua humana que pueda explicar ni vuestra Asunción á los Cielos, ni la sublimidad del trono en que asentáis; la ciudad de Dios os presta obediencia, y los hombres, sobrecogidos de estupor, sólo alcanzamos á saludaros con las palabras del Ángel: «Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita seas».

Aceptad, Señora, la diadema que os ofrecemos; ni sus brillantes irradian como las estrellas de la que ceñís en el Cielo, ni es presea digna de Vos, es flor sencilla, palma modesta, labrada por el cariño y esmaltada por la gratitud. Si Os es acepta, llenaréis de gozo á vuestros fieles devotos, que Os ruegan sigáis dispensándoles las gracias y favores de que sois inagotable fuente. Amén.

Obsequio. — Prometer á la Virgen, que así como hoy la coronamos por Reina, será la Señora de nuestro corazón, por toda la vida.

Jaculatoria. — Vestida del sol, con la luna á los pies y en la frente maravillosa corona de estrellas, brilláis en el Cielo, Madre amada; sed, pues, nuestra Reina, y como tal, protegednos, para que siendo sanas nuestras almas, Os ensalcemos por siempre en el Cielo.